



LOS POBRES.

HEMOS puesto delante de los ojos de nuestros jóvenes lectores una multitud de rasgos brillantes, un gran número de actos de heroísmo, rasgos de hombres célebres por su genio y sus talentos y sus bellas acciones de todo género. Les hemos hecho ver que á fuerza de tiempo, de valor y de perseverancia, no hay hombre que no pueda llegar á hacerse útil á su país con ventura y provecho del mismo. Son estas grandes cosas, grandes deberes para los que es necesario prepararse desde la mas tierna infancia; pero que la infancia no tiene ocasion, ni poder de practicar. Hoy queremos hablaros de uno de esos deberes, de uno de esos placeres que pertenecen á todas las edades, puesto que en todas las edades, y en casi todas las situaciones, se puede por sí mismo, por sus parientes ó amigos, procurar algun alivio á los pobres. Vednos ahora en la estacion en que los pobres van á experimentar á un tiempo los dos mayores tormentos, el frio y el hambre; este es el momento de recordarlos á vuestra atencion, y primero es menester que sepais bien lo que son pobres: es su historia, triste é interesante, la que vamos á referiros.

En el origen de las sociedades, es decir, la época en que solo habia sobre la tierra pueblos nomadas y pastores, viviendo solamente los hombres con los frutos de la tierra, la leche y la carne de los rebaños, no habia pobres; pero lo que es mas triste todavia habia ya esclavos. Todos recordareis haber leído en

la Biblia la aventura de José vendido por sus hermanos. Así, la esclavitud sube á una antigüedad tan remota como la existencia de los pueblos pastores. *Esclavitud, pobreza*; no olvideis jamás estas dos palabras terribles; estas son las dos grandes plagas de la humanidad, los dos grandes azotes de las sociedades antiguas y modernas.

Hay ciertas partes del mundo donde se encuentran á la vez pobres y esclavos, tales son por ejemplo los del interior del Africa, donde la agricultura no está muy perfeccionada, donde no se encuentran ni caminos, ni canales para transportar los frutos de la tierra. En esas regiones se experimentan casi todos los años horribosas carestías, que hacen morir á un tiempo al señor y al esclavo; pero felizmente estas escepciones son muy pocas. Al lado de esta escepcion hay una regla general y casi infalible, y es que en el pais donde no hay esclavos hay pobres, mientras no hay pobres en el pais donde hay esclavos. La razon es sencilla, y la comprendereis fácilmente.

Los esclavos de la antigüedad, como los de nuestras colonias, debian estar exentos de un suplicio cruel, reservado en nuestros dias á tantos hombres libres, el suplicio del hambre. El señor que no hubiese provisto de abundante alimento á sus esclavos habría arriesgado verlos caer enfermos y aun morir, sin contar que un esclavo mal alimentado y enfermo no habría podido nunca dar á su señor tanto servicio como el esclavo bien mantenido y por consiguiente con buena salud.

Cuando un propietario de esclavos, por cualquiera eventualidad, pierde una parte de su riqueza, y se encuentra sin poder mantener á sus esclavos, los vende á otro dueño mas rico que él, ó á extranjeros que los transportan á otras regiones, donde los víveres son mas abundantes. Esto es lo que sucede todos los dias en Africa, esto lo que sucedia en la antigüedad, de suerte que los esclavos pueden frecuentemente cambiar de dueño, pero no pueden conocer nunca el hambre.

El establecimiento del cristianismo ha venido á cambiar este estado de cosas. Él abolió poco á poco la esclavitud; mas á medida que los esclavos desaparecian de los paises convertidos al cristianismo, se veian aparecer los pobres. Esto es tan cierto que la primera ocupacion de los sacerdotes cristianos fué consagrarse al servicio de los pobres, despues de haber hecho ellos voto de pobreza. Entonces fué cuando se vió formarse en todos los paises cristianos congregaciones religiosas, que existen todavía en ciertas partes de la Europa meridional, como Italia. Estas congregaciones estan únicamente ocupadas en solicitar y distribuir limosnas sea en víveres, sea en dinero.

En las ciudades fué donde hubo primero pobres desde que no hubo esclavos; porque en las ciudades los operarios se han

encargado de todos los trabajos que eran en otro tiempo ejecutados por los esclavos. Cada obrero no tiene mas recurso que el jornal que gana diariamente para mantenerse él mismo, y á su mujer y sus hijos. Nada en el mundo puede impedir que caiga alguna vez malo, ó que no le falte trabajo en cierta estacion, ó bien tambien que no sea herido ó estropeado por algun accidente. Pues desde el instante que acontece una de estas desgracias, este obrero, su mujer y sus hijos forman parte de los pobres, á menos que no tengan algunos ahorros, lo que sucede muy pocas veces; porque este obrero, su mujer y sus hijos se ven precisados á comer todos los dias, y desgraciadamente no tienen todos los dias trabajo.

Qué se hizo entonces en las ciudades para acudir al socorro de esos pobres, los mas interesantes de todos, puesto que no es la pereza sino la necesidad la que los reduce á pedir limosna? Para los viejos y estropeados se fundaron hospicios, es decir, grandes edificios donde esos desgraciados son alimentados, vestidos y albergados á costa del Estado.

En los hospitales, que son establecimientos poco mas ó menos del mismo género, se colocaron los enfermos y los heridos.

En fin, los sacerdotes y las personas caritativas llevaron socorros á las casas de los ancianos, los estropeados y enfermos.

Hasta mucho despues no hubo pobres en los campos, porque en los campos los trabajadores estaban casi todos ajustados por años, y sus amos sufrían las pérdidas que causaban los accidentes imprevistos, ó las enfermedades poco graves, y la suspension de trabajos, que era consecuencia necesaria.

En las campiñas donde no ha llegado el lujo, donde los ricos se contentan con poco, los pobres mismos solo se mantienen con pan y agua; y se usa en muchas casas de campo no rehusar nunca un pedazo de pan á los que vienen á pedirlo á la puerta.



Además por las campiñas estaban antes diseminados los con-

:

ventos, las abadías, los monasterios y otras propiedades del clero católico, donde los pobres encontraban socorros seguros, antes que esos bienes hubiesen sido confiscados sucesivamente en la mayor parte de la Europa.

Hoy los hospitales y los hospicios, es decir, los mas grandes recursos de los pobres, estan concentrados en las ciudades, donde la miseria es espantosa desde que las manufacturas que se establecen en ella todos los dias han aumentado la poblacion con una cantidad innumerable de obreros, que no teniendo nada suyo, ni aun una choza, como en los campos, se ven obligados á gastar en los alquileres de su habitacion todo lo que no gastan en su manutencion, de suerte que no tienen otro recurso mas que la limosna y el hospital, luego que una enfermedad ó cualquier otro accidente les impide trabajar.

Para daros una idea del número de pobres que se encuentran en las grandes ciudades no se podrá citar mejor ejemplo que París sacado de la estadística publicada en 1840, en que me hallé en aquella capital.

Pues bien, de doscientas sesenta y un mil trescientas sesenta personas que han muerto en París durante diez años, es decir, desde mil ochocientos treinta y uno á mil ochocientos cuarenta, hay doscientas diez y seis mil quinientas tres que han muerto, sea en los hospitales, sea en las casas particulares de París, sin dejar para enterrarse!

Por consiguiente de cien personas que habitan en París, no hay mas que diez y siete que poseen una reserva de *quinze francos*, puesto que para el entierro no es menester pagar mas de quince francos. Es inútil añadir, dice el autor de este cálculo, que una parte de esas diez y siete personas muere sin dejar pagadas sus deudas!

Tal es la pobreza de la poblacion de las grandes ciudades del mundo.

En Inglaterra la miseria es mucho mas horrorosa, y mas irremediable, á causa de una porcion de razones que sería demasiado largo esplanar. Todos los años se impone á los ricos una crecida contribucion para mantener á los infelices con el nombre de *contribucion de pobres*.

En España tenemos diversos establecimientos formados en las capitales de provincia á imitacion del asilo de mendicidad de S. Bernardino, y allí se recoje á los pobres, alimentándose á los ancianos, y educando á los niños, enseñándoles diversos artes y oficios. Tan caritativo establecimiento solo cuenta por curso la caridad individual de los vecinos de Madrid, que con una suma módica de cuatro ó seis reales mensuales están casi todos suscritos para mantenerlo en pié.—Esta limosna es mejor distribuida que la que se da á los mendigos que discurren por

las calles, cosa repetidas veces prohibida por las autoridades de la capital, y que todos sus esfuerzos no han sido bastantes á conseguir.

Muchos establecimientos útiles concurren tambien á sacar á los obreros de la condicion desgraciada á la cual parecen condenados hace mucho tiempo. Se les estimula á depositar en las cajas, llamadas *cajas de Ahorros*, los productos de sus economías, que se encuentran en aquellos depósitos cuando les viene á faltar trabajo.

Se ha inventado un poco antes establecer en los arrabales y en los barrios menos ricos grandes *salas de asilo*, donde son recogidos durante todo el dia los hijos pequeñitos de los trabajadores, que sus tareas obligan á alejarse de su domicilio; establecimientos de que os hemos hablado en el tomo I, pág. 401.

Hay mas. Existe tambien un gran número de mujeres, que consagran una parte de su tiempo y de sus posibles visitando y socorriendo los pobres.



En cuanto á vosotros, niños míos, puesto que ya debeis estar cerciorados de que hay pobres, y muchos pobres, aunque algunas veces no los veis por las calles, acostumbraos desde luego á resevar para ellos una parte de la pequeña suma que os permiten vuestros padres para vuestros placeres.

El motivo de que no se vean pobres por las calles de las grandes ciudades, es porque existe una ley que les prohíbe pedir por las calles; no se les permite presentar la mano á los que pasan, bajo pena de ser conducidos presos. Por eso no se encuentran, á no ser ciertos ciegos que han conseguido permiso. En Madrid andan con un clarinete y unos perrillos que hacen varias habilidades enseñando á llevar en la boca un platillo, en que los que pasan echan algunos cuartos.

Hay tambien algunos privilegiados (triste privilegio) que tienen el derecho de circular con un organillo de Berbería.

Hay otros infelices, niños, como vosotros, que salen á demandar la caridad pública, mientras sus padres yacen abandonados en la soledad de una mísera boardilla, tendidos en un mísero jergon consumidos por la fiebre, ó que se ven abandonados á la piedad de las buenas almas, porque sus padres ocupan moribundos algunos de los lechos del hospital! Niños míos, acordaos de los pobrecitos en todo tiempo, y sobre todo en la terrible estación del invierno!!! Es tan fácil echar todos los dias un cuarto en el sombrero que os tiende el miserable anciano!!!



RASGO DE GENEROSIDAD.

Un jóven llamado Camilo aguardaba en el muelle de Cádiz á que alguien entrára en su barquilla, y al fin se colocó en ella un desconocido, que á poco se preparaba á saltar en tierra, porque no creía que Camilo fuese el patron. «Puesto que no parece, le dijo, el patron de esta lancha, me voy á otra.»—Caballero, le contestó el jóven, esta es mia: ¿quiere V. ir al Puerto?—No, porque solo falta una hora para anochecer; quiero solamente dar una vuelta por la bahía para disfrutar la frescura de la tarde y la belleza del moribundo sol....—Mas tú no tienes trazas de marinero, ni el tono de un hombre de esta clase.

—No lo soy en efecto, y solo para ganar algún dinero ejerzo este oficio los domingos y los días de fiesta, porque los demás días trabajo con un platero.

—Ola! ¿con que eres varo desde edad tan temprana? Esto deshonra tu juventud, y disminuye el interés que inspira tu rostro.

—Ah! caballero; si supiera V. por qué deseo con tanta ansia ganar dinero, no añadiría V. á mi aflicción la de tenerme por un hombre bajo.

—Como no te has explicado, tal vez te habré juzgado mal demos nuestro paseo, y me contarás tu historia.



El desconocido se sentó, y Camilo al mismo tiempo que remaba le dijo que nacia su pena de no poder librar á su padre, que se hallaba cautivo en Arjél. Con sus ahorros y los de su esposa habia tomado parte en un cargamento de géneros, y queriendo cuidar por sí mismo su pacotilla, se embarcó en el buque que la conducia, habiéndose apoderado de éste un corsario, que lo condujo á Arjél, vendiendo al padre de Camilo con el resto del equipaje.

—Y recibes noticias de tu padre? preguntó el desconocido; ¿sabes quién es su amo en Arjél, y cómo le trata.

—Su amo es intendente de los jardines del Bey, y le trata con humanidad; pero está triste, porque no nos hallamos á su lado para ayudarle y darle algun consuelo.

—¿Qué nombre tiene en Arjél?

—El mismo que en Cádiz: Pablo Rueda.

Luego que fué de noche, Camilo recibió orden de atracar, y entonces saltó de la lancha el desconocido, dando al novel marinero una bolsa, y alejándose con precipitación. Habia en la bolsa varias monedas de plata y algunas de oro, y reconoció el jóven corrió á darle las gracias; pero habia desaparecido entre la multitud que se agolpaba en la puerta de mar.

Seis semanas despues, cuando la honrada familia del cautivo, que trabajaba sin cesar para completar la suma que debia servir al rescate de Pablo, se hallaba en los postres de una comida frugal, se presentó éste vestido con decencia. El buen Pablo se

arrojó en los brazos de su esposa y sus hijos, dándoles un millón de gracias por los cincuenta duros que recibió al embarcarse en un buque cuyo pasaje y comida estaban ya pagados.

Sorprendida la familia, se miraban los unos á los otros admirados, hasta que la madre rompió el silencio, diciendo á su marido que todo lo debían á Camilo; pero éste no quiso apropiarse el mérito de tan generosa acción, y acordándose del desconocido que le dió la bolsa, contó á su padre la anécdota de la lancha.

Pablo halló amigos y socorros, y al cabo de dos años adquirió una regular fortuna, estableciendo ventajosamente á sus hijos.

Toda la familia era feliz, cuando Camilo se había propuesto encontrar á su bienhechor, sin que lo consiguiese en todo aquel tiempo, lo halló al fin un domingo, paseándose solo en el muelle. Camilo se acercó á él, y sin poder pronunciar otras palabras que las de: «ó mi querido bienhechor!» se arrojó á sus pies perdiendo el conocimiento. El desconocido se apresuró á socorrerle, preguntándole la causa de su estado.

—Pues qué, caballero, ¿puede V. ignorarla? le dijo el jóven. Ha olvidado V. á Pablo y á su pobre familia, á quien volvió á la vida devolviéndole su padre?

—No conozco á V., mi amigo, ni V. á mí: sin duda se equivoca, porque soy forastero en Cádiz, á donde he llegado hace pocos días.

—Todo eso será verdad; pero acuérdesse V. de que hace veinte y seis meses se paseó en mi lancha; del interés que tomó V. por mi padre, y de las preguntas que me hizo para poder ser nuestro bienhechor. Libertador de mi padre! podrá V. olvidar que ha salvado á una familia, que solo desea ver á V. para ser completamente feliz?

—Sin duda engaña á V. alguna semejanza que en mi nota con la persona de quien habla: vuelva V. á la razón, y torne á su casa á recobrar la tranquilidad que le falta en este momento.

Dichas estas palabras se confundió con la multitud de curiosos que habia acudido, y desapareció, sin que Camilo hubiese podido darle alcance.

Aquel hombre singular sería hoy desconocido, si su administrador, habiendo encontrado en un legajo de papeles á la muerte de su señor una nota de 12.500 rs. enviados á un comerciante de Cádiz, no le hubiese escrito pidiéndole cuenta de la inversión de esa suma. El comerciante contestó que habia servido para rescatar á un padre de familia, llamado Pablo Rueda, y esclavo en Arjél, conforme á las instrucciones del Excmo. Señor Duque de Osuna.



CAPITULO II.

MIENTRAS España estuvo sometida al poder de los Romanos, sus tribus salvajes perdieron su antiguo estado de barbarie, porque las numerosas colonias que los dominadores establecieron en toda la Península sembraron en ella los beneficios de la agricultura, haciendo nacer el gusto á las artes. Introdujéronse en España la vid, el olivo y otros excelentes frutales, como se desprende de la elegante descripción que Columela hace del estado floreciente en que se hallaba la agricultura en el reinado de Tiberio. Pero las riquezas ocultas en las entrañas de la tierra fijaron la atención de sus conquistadores mucho mas que la fertilidad del suelo, lo cual no debe extrañarse si se atiende á que solo una mina, situada cerca de Cartagena, suministraba al día 25.000 dragmas de plata y anualmente se recibían 20.000 libras de oro, extraídas de Lusitania, Asturias y Galicia. Las calamidades que fueron sobreviniendo paralizaron en lo sucesivo los trabajos empleados en la explotación de aquellas riquezas, completamente olvidadas con las que llegaron de América; y que ahora con tanto calor han vuelto á tomarse en el día en aquellas provincias: pero bajo la dominación de los Romanos, la España fué para Roma lo que para España fueron después el Perú y Méjico, es decir, que los procónsules romanos venían á España con el designio de amontonar bienes inmensos, como posteriormente lo hicieron muchos de los vireyes en América. Con todo, las riquezas que esparció en la Península el descubri-

miento de aquellas abundantísimas minas, dieron mas esplendor á las poblaciones y á los monumentos públicos, viéndose aun hoy, despues que han pasado tantos siglos y tantas guerra intestinas, algunas huellas de la magnificencia romana.

Los españoles se mostraron dignos de las ventajas naturales que les ofrecia el pais, distinguiéndose en las letras y en las armas entre las demás naciones que formaban el imperio romano. Con frecuencia fueron inscritos sus nombres al lado del de los senadores mas ilustres, y los emperadores Trajano y Adriano, naturales de Itálica, conocida bajo el nombre de Vieja Sevilla, prestaron nuevo lustre al carácter español por la gloria y prosperidad de que cubrieron al imperio romano. La España fué la patria del historiador Floro y del sabio Séneca, y Marcial nació en Bilbilis sobre las orillas del Jalon, así como Lucano en Córdoba.

Cuando los bárbaros del Norte cayeron sobre el imperio romano, arrastrada España en su caída, se vió expuesta á nuevas calamidades, sumiéndose en las tinieblas de la ignorancia. Reinando Galiano comenzaron las revueltas que agitaron al mundo civilizado, sumiéndole en la barbarie por último. Los Francos fueron los primeros bárbaros cuyos ataques sufrió España: una horda numerosa de aquellos osados aventureros dejó las orillas del Rhin, penetró en la Galia, atravesó los Pirineos, y asoló á España, estendiendo por toda la Península durante doce largos años sus terribles devastaciones, hasta que escogieron la Mauritania para teatro de sus rapiñas y violencias. Entonces elevó España su frente poco antes abatida, y en el espacio de muchos reinados consecutivos de guerreros emperadores que devolvieron al imperio romano su primitivo esplendor, disfrutó todas la ventajas de la civilización. Reanimáronse el comercio y la agricultura, y aunque siglo y medio de paz no pudo borrar del todo las huellas de los Francos, las ciudades de Tarracona, Mérida, Sevilla y Córdoba ocuparon distinguido lugar entre las mas florecientes del imperio. Pero la debilidad de Honorio excitó la ambicion de sus generales, y deseosos de usurpar la púrpura imperial fatigaron el imperio con disensiones civiles encendidas por bastardas rivalidades. El general Constantino, reconocido como emperador por la Bretaña y la Galia, recibió poco despues la sumision de España; pero fué corto su reinado, porque la España se insurreccionó, y á instigaciones de Geroncio revistió á Máxima con la púrpura. Geroncio y los dos usurpadores experimentaron una misma suerte, siendo derribados por Constancio, general de Honorio. Horribles convulsiones se siguieron á aquellos debates entre los pretendientes á la autoridad suprema, y casi un año antes del saqueo de Roma por Alarico, rey de los godos, pasaron los Pirineos los Suecos,

los Vándalos y los Alanos, trayendo la desolacion á España. Los desórdenes que cometieron en este país produjeron todos los horrores del hambre, á la cual siguió muy de cerca la peste, su habitual compañera: así es que desapareció la poblacion, y las fieras tomaron posesion de unos campos tan fértiles en otro tiempo y entonces transformados en áridos desiertos. Al fin aquellas hordas bárbaras se fijaron en esa tierra despoblada, dividiéndose entre sí los Vándalos y los Suevos una gran parte de los países situados al Norte. En cuanto á los Alanos, tomaron posesion del centro de la España y de la Lusitania, extendiéndose desde el mar Mediterráneo hasta el Océano atlántico, y los Selingos, que formaban una rama de la nacion Vándala, ocuparon la Bética y la parte mas meridional de la Península. Hecho este reparto, afligidos los mismos bárbaros con los males que habian causado, se vieron obligados á fijar su atencion en el restablecimiento del orden y el renacimiento de la agricultura. Contrajeron pues mútuos empeños de proteccion y obediencia con los pueblos conquistados, y las ciudades y las villas se fueron repoblando, cultivándose las tierras por manos serviles. Sin embargo, mantuvo valerosamente su libertad un número considerable de guerreros españoles que se habian retirado á las montañas.

Tal era el estado de España cuando el rey de los Godos Ataulfo, hermano del famoso Alarico y cuñado de Honorio, con cuya hermana se habia casado, recibió de este emperador la mision de reconquistar á España. Ataulfo cruzó los Pirineos, y se apoderó de Barcelona en nombre del emperador; pero poco despues pereció víctima de un asesinato, usurpando el trono Singetrico, uno de los conjurados, que despues de un reinado de siete dias, cayó á su vez á los golpes de un asesino. Los votos de la nacion pusieron el cetro de los godos en manos del belicoso Vallia, quien siguiendo el ejemplo de Ataulfo consagró su espada al servicio de Honorio, resuelto á reconquistar á España. Vallia salió victorioso despues de muchas sangrientas campañas, y estirpados de la Bética los Selingos, los Alanos sufrieron la misma suerte en Portugal, perdiendo en una batalla á su rey. Los restos de aquellas naciones se acogieron á las banderas de los Vándalos y los Suevos; pero el valor feroz de las tribus germánicas tuvo que ceder á la superior táctica y al ardor guerrero de Vallia, que despues de varios combates arrojó á los Bárbaros á las regiones montañosas de Galicia y Asturias.

Si el valor y la conducta de Vallia devolvieron la España al imperio romano, poco despues se perdieron sus conquistas, porque aprovechándose los Vándalos de la retirada de los Godos, salieron de sus montes, y otra vez asolaron á España. Sevilla y Cartagena abrieron sus puertas á los vencedores, que se apodera-

ron de los buques surtos en estos dos puertos, haciéndolos servir á la ejecucion de sus nuevas empresas. Desde largo tiempo servian de refugio á los españoles más ricos las islas de Mallorca y Menorca, á donde se retiraban con sus efectos más preciosos para evitar el pillaje y las demás calamidades de la guerra; los Vándalos se embarcaron en los buques de que se habian apoderado, persiguieron á los fugitivos, y tornaron á España cargados de despojos.

Los Vándalos y los Suevos de aliados que eran se convirtieron á poco en encarnizados enemigos, habiéndonos conservado la historia en medio de la oscuridad que envuelve los sucesos de aquellos remotos tiempos, el recuerdo de un combate habido cerca de Mérida entre Genserico, rey de los Vándalos, y Hermanrico, que lo era de los Suevos, en el cual sufrió este último una derrota completa; siendo arrojado al Anas donde pereció con la mayor parte de su ejército.

Poco despues de esta victoria abandonó Genserico á España, fijando en el Africa la corte de la monarquía vandálica. Los Suevos, á pesar de los recientes desastres, existian en gran número en las montañas de Galicia, y cuando los Vándalos evacuaron el país, salieron de sus oscuras guaridas, talando las provincias fértiles. Cerca de treinta años despues de la partida de Genserico, movido por las quejas de los Españoles, determinó el emperador Avito que Teodorico, rey de los Godos, viniese á castigar á los Suevos, restableciendo el dominio romano en toda la Península. Teodorico atravesó los Pirineos, y derrotó completamente los Suevos en las orillas del Urbicus, á diez ó doce millas de Astorga: su rey Rechiario, que se libró de la carnicería, fué presentado al vencedor, quien hizo que le matasen al momento. Entonces se volvieron á retirar los Suevos á las montañas de Galicia y Asturias, no hallando el rey de los Visogodos oposicion alguna á sus progresos; pero una revolucion que estalló en Italia le impidió llevar á cabo la conquista de España. Destronado Avito, cuando Teodorico supo la deposicion de este emperador, su aliado, evacuó la España, y volvió á cruzar los Pirineos.

La conquista comenzada por Teodorico, la prosiguió con ventaja su hermano Eurico, que sostuvo el cetro de los Godos con vigor y habilidad. Habiendo atravesado los Pirineos con un ejército formidable, venció desde luego toda resistencia; pero rehusando en seguida el combate que le presentaban los Suevos, formó con ellos un tratado de alianza y amistad, de resultas del cual permanecian independientes en sus montañas aquellos osados guerreros, en tanto que el resto de España reconocia la soberanía de Eurico.

Parece que Eurico conquistó á España en su nombre, y no como sus predecesores, para hacerla entrar en la obediencia de

los emperadores. Así es que cuando se disolvió totalmente el imperio de Occidente y Odoacres subió al trono de los Césares abandonando todas las posesiones romanas situadas de este lado de los Alpes, aunque Tolosa habia sido la capital de los Godos, Eurico fijó su residencia en Burdeos, donde reinó con un boato digno de su poder y de su fama.

Eurico espiró en medio de sus venturas, dejando el trono á su hijo Alarico, cuyo inesperado valor solo produjo desastres, sirviendo únicamente para derribar la dichosa fortuna de su padre. Los Francos, mandados por el rey Clodoveo se desprendieron de las regiones que riegan el Mosa, el Escalda, el Mosela y el Rhin, estendiendo sus conquistas hasta mas acá del Sena, y deseando acabar la conquista de la Galia, resolvió Clodoveo atacar el reino de los Visogodos, que abarcaba muchas de sus hermosas provincias. La ambicion y la avaricia eran los verdaderos móviles de aquel monarca; mas la religion sirvió de pretexto á su agresion. Cuando Constantino estableció en el imperio romano la religion cristiana, los godos no tardaron mucho en abrazar esta doctrina; pero profesaron el arrianismo que habian propagado entre ellos unos monjes procedentes de Constantinopla. Al abjurar los Francos los errores del paganismo y Clodoveo, ocultando su ambicion bajo el velo de la religion, invadió, cuando reinaba la paz mas completa, el reino arriano de los Visogodos, dándose un combate decisivo cerca de Poitiers, en el cual quedaron los Godos completamente derrotados, hallando una muerte honrosa su rey Alarico, despues de cuya batalla fijó Clodoveo su cuartel de invierno en Burdeos. En la primavera siguiente se rindió Tolosa al vencedor, y fueron transportadas á París las insignias de la dignidad real. Prosiguiendo sus conquistas, los Francos pusieron sitio á Arlés; pero Teodorico, rey de los Ostrogodos en Italia, que se declaró protector del jóven hijo de Alarico, evitó la completa expulsion de los Visogodos marchando contra los usurpadores. Clodoveo, despues de haber perdido gran número de los suyos, se vió obligado á retirarse de Arlés, y á concluir un tratado de paz, por el cual todo el país desde el Loira hasta el Garona quedó indisolublemente unido al territorio de los Francos. Desde esta época puede considerarse como destruido el poder de los Visogodos en la Galia, aunque conservasen todavía sus posesiones en el Sud del Garona.

EL BUEN HIJO.

UN niño de muy buena familia, que se hallaba en el colegio militar de la isla de S. Fernando, hacia muchos días que se contentaba con sopa, pan seco y agua, sin que el director, que, atribuyendo su conducta á un exceso de mal entendida devoción, le habia reprendido mas de una vez, hubiese logrado quitarle aquella manía. Cansado de semejante perseverancia, llamó un día al colegial, y despues de manifestarle con dulzura cuán necesario era evitar toda singularidad y conformarse con los usos del colegio, viendo que no esplicaba los motivos de su conducta, le amenazó, si no se corregía, con expulsarlo.

—«Ay! señor, dijo entonces el niño; ya que quiere V. saber la razon que tengo para obrar como obro, se la diré en dos palabras. En casa de mi padre comia un pedazo de pan negro, y muchas veces solo añadia á esta comida un poco de agua: aquí como buena sopa, el pan es bueno, blanco y á discrecion, y no puedo decidirme á comer otra cosa, porque me acuerdo del estado de mi padre y de mi madre.»

El director no podia contener las lágrimas al ver la sensibilidad y la firmeza de aquel niño, y le dijo con interés:

—Si su padre de V. ha servido, disfrutará el retiro correspondiente?

—Sí, repuso el niño; pero no se lo pagan, y durante un año ha solicitado en valde un empleo; mas la falta de dinero le ha obligado á no pensar en él, porque mejor ha querido pasar trabajos que contraer deudas en Madrid.

—Pues bien! dijo el director; si el hecho es cierto, prometo á V. no descansar hasta que coloquen á su padre. Entre tanto tome V. estos tres duros, y cómprese la prenda que mas falta le haga: por lo que hace á su padre de V., le adelantaré un mes de sueldo del empleo que me propongo alcanzarle.

—Y de qué medio se valdrá V. para enviarle el dinero?

—No tenga V. cuidado, que no faltará conducto.

—Pues si tiene V. esa facilidad, repuso el niño, envíele V. los tres duros que me acaba de dar. Aquí nada me falta, y este dinero vendrá muy bien á mi padre para vestir á mis hermanitos.»

EL PERRO SABIO Y EL PERRO VIEJO.

Fábula.

CON un can recién comprado
Viejos, damas y galanes

Jugaban á todas horas

En una casa de un grande.

Bien es verdad que sería

Sin duda trabajo en valde

Buscar en Castilla un perro

Mas instruido ó mas habil.

Se mantenía en dos pies;

Saltaba con gran donaire;

Bailaba elegantemente;

Imitaba unos cantares;

Daba la pata orgulloso;

Tomaba de un muerto el aire;

Y ora un número acertaba,

Ora jugaba á los naipes.

Un perro viejo aquejado

De dolores y de achaques,

Que ni por lástima era

Acariciado por nadie,

Miraba desde un rincón

Con abatido semblante,

Llorando á lágrima viva,

Las gracias de su cofrade.

El pobrete habia nacido

En la casa, y ni un instante

A aprender se dedicó

Alguna ciencia, algun arte.

Sin embargo los aplausos

Escuchaba sin coraje,

Y el elogio que del otro

Hacian los circunstantes.

«Con sus talentos, pensaba,

Es imposible no agrade

A señores y á criados,

Y que amigos no se gane.»

Y el pobrete tenia envidia

A los talentos brillantes

Del perro recién llegado

Que tanto en la casa vale.

Así cuando fué de noche,
 De su lecho levantándose,
 Como ninguno le mira
 Y todo en silencio yace,
 Aunque cojo, el can principia
 A dar vueltas desiguales,
 Imitando lo que ha visto
 A su dichoso compadre.
 Mas ay! sus pies no resisten;
 Pierde el aliento y se abate;
 Se alza luego y otra vez,
 Falto de equilibrio, cae.
 «Ah! dijo dando un suspiro;
 Para aprender es ya tarde.»
 Y hajando la cabeza
 Vertió lágrimas de sangre,
 Y recordó lo pasado
 A su lecho retirándose.
 Tambien el hombre deplora,
 Cuando los años le abaten,
 Los dias que malgastara
 En cosas poco importantes.
 Tardío arrepentimiento
 Va á acrecentar sus pesares,
 Y el recuerdo de otro tiempo
 La mente vacía invade.
 Mas ay! que lo que se pierde
 En la juventud brillante,
 No se encuentra en la vejez,
 Siempre achacosa y cobarde,
 Pues entonces solo vemos
 De lo pasado la imagen
 Para maldecir en vano
 Nuestra pereza indomable!

TENORIO.

